

Club de Lectura Uned Ávila

**RUTA DE
LAS
LEYENDAS**

ÁVILA

MAYO 2018



Las leyendas son portadoras de una curiosidad que ha sido transmitida de boca en boca. Nos llegan con la frescura de ser parte del pueblo, con la manera más sencilla de interpretar la vida. En ellas se dan cita las pasiones, el amor, el poder y la fuerza del sentimiento frente a la imposición. Mejor que nada reflejan una idiosincrasia y un carácter, y junto a las crónicas que narran la historia en su contexto, son documentos para observar el paso de los siglos sobre nosotros.

Una leyenda tiene la ingenuidad de la palabra primera, legado que se arrastra en la voz de nadie, pero a su vez se escuchan todas las voces, de la misma manera que el romancero ha testimoniado la cotidianeidad de los tiempos remotos. En las leyendas el pueblo tiene la palabra, determina el desarrollo de los hechos, crea a su medida la verosimilitud de lo narrado, por ello es tan fiel reflejo de una manera de sentir y en su seno imaginado se mecen los designios de las gentes y de las cosas.

Esta ruta nos acerca al hoy una sombra del ayer: recuperarlo en este itinerario es una manera de descubrir que siempre la imaginación es poderosa y es capaz de llenarnos de ingenuidad y de heroísmo la existencia.



EL CASTILLO

DE MAL QUE OS PESE

¡MAL QUE OS PESE LA HE DE VER!

La batalla de las Navas de Tolosa (Jaén, 1212) fue un momento decisivo en el avance cristiano hacia el sur, venciendo a los musulmanes. La participación abulense en la misma fue notable. Pues bien, volviendo victoriosos de esta batalla, los guerreros entraron en Ávila desfilando con gran pompa. Uno de los batallones estaba comandado por Alvar Dávila cuyo señorío se extendía por la zona de Sotalvo, una localidad a escasa distancia de la capital. Era apuesto y marchaba orgulloso sobre su caballo. Y claro, al pasar por delante del palacio de Don Diego de Zúñiga, la hija de éste, Doña Guiomar, quedó hondamente impresionada. Pero no fue la única: Alvar se enamoró perdidamente de la doncella y el resto del desfile fue un sin vivir pensando en la dulce serrana.

Sin embargo y como era norma en aquella época, el destino de Guiomar no dependía de ella misma y su padre, Don Diego, ya tenía previsto su futuro que había de pasar por ingresar en un convento y dedicar su vida a Dios.

Tras unos pocos días, Alvar se decidió a pedir licencia para esposarse con la mocita ya que, desde que la conoció, no comía ni bebía alimentándose únicamente de su recuerdo. Y se presentó ante Don Diego con estos fines. Pero era terco el suegro y no le gustaba en absoluto el pretendiente por lo que le echó de su palacio, asegurándole que nunca más volvería a ver a su hija.

Alvar estaba dolido pero no se resignaba a que no podría contemplar jamás a su amada por lo que replicó: "D^a Guiomar y yo seguiremos amándonos; y aún más, viéndonos; ¡mal que os pese!"

Y se retiró a su señorío de Sotalvo ya que la guardia de palacio tenía orden de hacerle prisionero si osaba merodear por Ávila. En Mironcillo, en lo alto de un risco construyó un castillo, orientado hacia la ciudad para poder ver, o más bien intuir, a su amada. Ella se asomaba a la ventana de la alcoba, que sobresalía ligeramente por encima de las murallas y él hacía todo tipo de señales para que ella pudiera saber que estaba allí, amándola en la distancia.

Posiblemente de amor, al poco falleció Guiomar y Alvar lo supo coincidiendo con su partida hacia el frente de guerra ese mismo día. Y no sabemos si por dolor, se dejó matar y ya no volvió de aquella nueva batalla.

Hoy en día, el castillo conocido como Mal que os pese se alza desafiante en Mironcillo y aún, una cancioncilla recuerda aquella historia de enamorados al más puro estilo de Romeo y Julieta a la abulense:

"Guiomar esta triste, ¡Cómo se miran!

su amor está lejos, ¡Cuánto se quieren!

entrambos se mueren, Y son sus suspiros

entrambos son presos, las únicas prendas

que van y que vienen."



LA VENGANZA DE

NALVILLOS

(O LA PRINCESA MORA)

LA VENGANZA DE NALVILLOS

Hay muchas leyendas medievales en las que intervienen musulmanes, los moros que dominaban el sur peninsular. Se da una curiosa circunstancia, ya que eran enemigos pero también se les reconocía como sabios y justos. Su mayor defecto era que no creyesen en el Dios verdadero.

Fruto entre los inestables tratados entre cristianos y musulmanes, una bella doncella mora, Aixa Galiana hija de Al-Menón de Toledo y sobrina del rey Al-Mamún es conducida a Ávila. Casi una niña, con sus catorce años, llegó triste y abatida ya que sufría de mal de amores: había dejado atrás, en Toledo, a su amado. Ni las fiestas celebradas en su honor ni la tutela de Doña Urraca, hija del rey Alfonso VI, le devolvían la sonrisa.

Era tal su belleza que fueron muchos los caballeros que se interesaron por ella pero el más prendado resultó ser el valeroso Nalvillos Blázquez, que llegó a concertar su boda con ella por medio de su tutora Doña Urraca. Pero resultaba que los padres del doncel ya habían concertado su matrimonio con otra hija de la nobleza abulense, Arias Galindo. Y que el rey, en agradecimiento a su colaboración, había hecho lo propio con la mora, en este caso, su prometido sería un jefe árabe llamado Jezmín Yahia.

Nalvillos, terco como él sólo, se empeñó tanto que consiguió casarse con Aixa (convertida al cristianismo) pero se granjeó el odio de Jezmín y el desengaño de Arias, enamorada perdidamente de él y que debió conformarse con esposar con su hermano Blasco. Ignorando de quién se trata, Nalvillos traba amistad con Jezmín en un viaje a Talavera. Y tanto le agasaja el primero, que el cristiano no tiene por menos que invitarle a los esponsales de su hermano Blasco, incluso, dándole aposento en su casa palaciega.

Ya en Ávila ambos y dentro de las celebraciones por la boda entre Arias y Blasco, se celebraban torneos y justas y el abulense reta a su nuevo amigo a combatir a espada. Le vence con cierta facilidad y el musulmán se siente humillado, no tanto por el escarnio público sino por ver entre los asistentes a su amada Aixa y apreciar como ésta le observa desesperada, acosada. Y sí, el amor que había dejado atrás la mora al ser llevada a Ávila, no era otro que Jezmín.

La tristeza que acompaña a Aixa y cuyo motivo desconoce, duele cada vez más a Nalvillos que pensando que sufre en la ciudad amurallada, construye para ella una hacienda con todo tipo de lujos en el paraje de Palazuelos, a escasas leguas hacia el norte siguiendo el cauce del río Adaja. Pero ella continuó aquejada por sus dolencias sentimentales, sólo consolada por las visitas secretas de Jezmín que aprovechaba las frecuentes ausencias del esposo capitaneando incursiones militares, para ver a su querida aprovechando la noche. Aquello terminó de la única forma posible: los amantes se fugaron para retornar a Talavera.

El guerrero vuelve de sus contiendas y encuentra la hacienda vacía y, sabedor de la afrenta, decide ir en busca de los adúlteros. Se hace acompañar por su más leales caballeros. Sin embargo, no ataca la ciudad toledana sino que les hace acampar en las inmediaciones, adentrándose en la villa en solitario disfrazado con vestiduras árabes. Eso sí, da orden de atacar si no retorna en dos días.

El ultrajado caballero se dirigió al palacio de Jezmín y logró alcanzar el jardín de esta residencia donde su amada Aixa estaba sola. Tapando su rostro con el esbozo, la dedicó frases lisonjeras, ésta, embelesada, terminó por dejarle acceder hasta su alcoba. Allí, Nalvillos se descubrió y ella llamó presurosa a la guardia que lo apresó. Ya el ofendido no albergaba ningún sentimiento hacia su esposa al comprobar su adúltera conducta que no era fruto únicamente de un secuestro. Jezmín decide ejecutar a Nalvillos en una plaza pública quemándole en una pira. Como último deseo, el cristiano pide hacer sonar una trompa de guerra. Accede a ello el árabe, sin saber que aquella era la señal que los caballeros leales al reo aguardaban para atacar la ciudad.

La matanza fue cruenta y el noble abulense vengó su afrenta particular quemando a los amantes en el lugar preparado para su propia ejecución. El resto de su vida la dedicó a guerrear incansablemente ya que no había otro objetivo en su vida que no fuera luchar. A su muerte, fue enterrado en la Iglesia de Santiago, entre los llantos de los abulenses que valoraron su carácter heroico, aunque todos conocían la razón por la que nunca llegó a ser feliz en vida.

Nalvillos existió como personaje histórico; la toma de Talavera de la Reina fue un hecho histórico decisivo en el avance cristiano hacia el sur (1083, Alfonso VI) y la finca de Palazuelos es una bella dehesa ubicada entre los encinares al norte de la ciudad. Como siempre en las leyendas, hay retales de realidad y otros aderezos que cada uno debe creer o no en función de los deseos de hacerlo. Mas, cuando pases por la Plaza de Nalvillos de Ávila, recuerda al atormentado caballero y piensa que nunca consiguió la felicidad de corazón que fue lo que buscó en vida y no el ser conocido por empuñar las armas.



EL SANTO NIÑO

DE LA GUARDIA

LEYENDA DEL SANTO NIÑO DE LA GUARDIA

(Tradición oral toledana)

Por aquellos días de 1491, eran comunes los “autos de fe” en Toledo hacia judíos. Un grupo de hebreos de Quintanar de la Orden, Tembleque y La Guardia habían presenciado en la ciudad la quema en la hoguera de un grupo de judíos acusados de herejía por la Inquisición y, muy descontentos por el horrible trato que la Inquisición daba a los de su raza decidieron dar un castigo a los cristianos que tanto creían en su religión y a tales extremos llegaban contra los suyos. Entraron en contacto con Benito de las Mesuras, judío llegado de la vecina Francia y que ahora residía en el pueblo de La Guardia. Éste, que tenía conocimiento de las artes nigromantes, les afirmó que consiguiendo el corazón de un niño cristiano y una hostia consagrada y quemándolos juntos conseguirían unas cenizas envenenadas que siendo vertidas en las fuentes de los cristianos causarían un daño irreparable para todos ellos.

Eligieron a un judío llamado Juan Franco, que viajaba de pueblo en pueblo con un carro, como persona idónea para el secuestro de un niño y, en un viaje a Toledo, pasando por la puerta del Perdón de la Catedral vio a un niño de corta edad que, junto a su madre, pedía limosna. Ofreciendo diferentes objetos y dulces al niño, no tardó mucho en convencerle de que subiera a su carro y marchase con él. Así lo llevó hasta Quintanar de la Orden, donde era esperado por el resto de judíos deseosos de llevar a cabo su malvado plan. Nadie sospechó del judío en el pueblo, puesto que creyeron que era hijo de Juan Franco. Poco después fue llevado al pueblo de La Guardia, donde fue encerrado y maltratado por sus secuestradores. En una ocasión llegó a escapar, pero al poco fue capturado por su supuesto padre.

Los Hebreos esperaron pacientemente hasta el momento en el que creían que se había dado muerte a Jesús de Nazaret. Para ello escogieron el día 14 de la luna de marzo, que era aquél año el 31 del mismo mes. El niño sufrió los mismos padecimientos que los antepasados de los judíos hicieron a Cristo: escarnios, ultrajes, bofetadas, azotes, coronación de espinas y, finalmente, una cruel crucifixión. Todo esto sucedió a las afueras del pueblo de La Guardia, en una cueva en la parte meridional, donde el “Santo Niño”, dicen, sufrió este castigo sin exhalar una queja ni derramar una sola lágrima...

Una vez crucificado, recogieron su sangre. Después, con un cuchillo, uno de los judíos hurgó en el costado derecho. Dicen que, el niño, al ver lo que le hacían les dijo que qué buscaban. El judío respondió que el corazón, a lo que el niño, con voz desfallecida respondió que se encontraba en el otro lado. Así murió el niño. Según dicen también, en el momento de la muerte del niño, la madre, que se encontraba en Toledo y era ciega, “recuperó la vista”...

El niño fue desclavado por los judíos y enterrado cerca de una ermita. Ya tenían el corazón. Para conseguir la hostia consagrada contactaron con un cristiano converso llamado Juan Gómez que a la sazón era sacristán y no tardó en conseguirla.

Teniendo ya los ingredientes de tan macabro plan, decidieron llevarlos a la Aljama Mayor de Zamora. Allí serían asesorados sobre el hechizo por los rabinos de esta ciudad. Quedó a cargo del viaje Benito de las Mesuras. Al llegar a Ávila de camino a la ciudad de Astorga, para no levantar sospechas, el judío se acercó como si fuera buen cristiano a la iglesia.

Pero al sacar su libro de oraciones un gran resplandor inundó la nave de la iglesia dejando atónitos a los que allí estaban. El judío huyó rápidamente de la iglesia, pero fue seguido por uno de los fieles hasta la posada en la que se alojaba y posteriormente fue denunciado a la Santa Inquisición. La Inquisición no tardó en localizar al judío en la posada y llevarlo prisionero, y con no pocos trabajos consiguieron, bajo tortura, arrancarle la confesión y el nombre de sus compinches en los pueblos de Toledo. Declaró este dónde había ocultado las reliquias que llevaba hasta Zamora, y una vez allí, los inquisidores se percataron del porqué del resplandor del libro. En éste había quedado la marca del corazón, que había desaparecido, pero aún se conservaba la hostia consagrada. Fue llevada en procesión hasta el convento de Santo Tomás, donde se conserva en un relicario recordando con ello el suceso. Se cuenta que en 1599, habiendo una terrible peste en Ávila, se sacó en procesión esta Sagrada Hostia y la peste remitió.

También fueron apresados los compañeros de Benito en La Guardia y llevados a Ávila, donde se les puso en varias ocasiones en el tormento para que confesaran su horrible delito. Conseguida la confesión, les llevaron a La Guardia para localizar el lugar donde habían enterrado al niño; pero aunque había señales de haber estado allí, no encontraron el cuerpo, tomando el hecho como un milagro. Dicen que, más adelante, los vecinos excavaron el lugar y encontraron el capotillo y los calzones con los que el niño había sido enterrado.

El auto de fe se celebró en el atrio de San Pedro, en Ávila, y como ejemplar castigo, todos los que participaron o colaboraron en este macabro suceso fueron condenados a la hoguera. José Franco y sus cómplices, como consta en las actas inquisitoriales, murieron quemados en Ávila el 16 de noviembre de 1491.



DONDE UNA PUERTA SE

CIERRA OTRA SE ABRE

DONDE UNA PUERTA SE CIERRA OTRA SE ABRE

Al pasar al interior de Ávila por el paseo del Rastro, la mirada, ávida de contemplar arte, suele posarse en un hermoso y amplio balcón situado sobre la puerta de la muralla. Pertenece al Palacio de Pedro Dávila. Esta casa fuerte, formaba parte integrante del sistema de fortalezas constituido por las casas de los repobladores, que se levantaron en el interior del recinto amurallado. En ella, como en las restantes, se albergaban gentes de armas en constante ojo avizor a cualquier golpe de audacia del sarraceno, siempre atento a los acontecimientos más sutiles.

La puerta del Palacio es hermosa y señorial. Sobre ella se encuentra esculpido el escudo de los trece róeles escoltado por dos salvajes encadenados y dos heraldos a caballo. Muy cerca de esta grandiosa puerta principal se admira un ventanón de gran tamaño y sobre el granito, bajo la gran ventana se advierte una frase puesta en boca de Sancho Panza en un pasaje del Quijote: «DONDE UNA PUERTA SE CIERRA OTRA SE ABRE». ¿Qué motivo señala la existencia sobre el granito de este tan celebrado refrán castellano?

Mirad la banda de la muralla cuya defensa correspondía al Palacio de Pedro Dávila, y en un lienzo de la misma veréis un portillo visiblemente cerrado. La historia de la ciudad nos dice que la mandó cerrar en el año 1507 el licenciado Villafañe, juez residente en la ciudad de Avila. Pasaron los años y notándose mucho los efectos del cierre del portillo, la entonces dueña del Palacio, Doña Elvira de Zúñiga, acudió suplicante ante la Reina Doña Juana la Loca, en demanda de una única y exclusiva gracia: que se le permitiera abrir la poterna que miraba al Valle. No tardaron en llevarse a cabo las oportunas informaciones y no pasó tampoco mucho sin que llegase a manos de Doña Elvira una cédula Real, notificándosele la concesión de su súplica.

En el correr del tiempo, la casa fuerte pasó a manos del noble señor Don Pedro Dávila, y —como cosa muy natural— quiso valerse de la concesión hecha por la Reina Doña Juana a los anteriores propietarios del castillo. Sin embargo, el Concejo, acordó rechazar por unanimidad tal proposición, manifestando su resolución firme e inquebrantable de que la poterna del Rastro continuase cerrada. Colérico y lleno de ira, Don Pedro recibió los acuerdos de la ciudad. Su altivez y orgullo se veían humillados ante la decisión del Concejo. Entonces decidió abrir una nueva puerta en la fachada principal del Palacio ante la imposibilidad de dejar franco el portillo de la muralla, pero este proyecto tampoco fue acogido.

El Marqués se alzó nuevamente en apelación a las resoluciones de la ciudad y ante aquella insistencia, ya no hubo más remedio que llegar a un acuerdo, y, «ya que no una puerta, una ventana», como así se hizo, abriéndose un ventanón muy hermoso que en su dintel inferior y grabado en piedra lanzaba al viento la altiva e imperiosa frase del noble señor del palacio:

«Donde una puerta se cierra otra se abre.»



EL ALFARERO DE

SANTIAGO

(O EL DESTRONAMIENTO DE ENRIQUE IV)

EL ALFARERO DE SANTIAGO

(O el destronamiento de Enrique IV)

Un día caluroso de Junio, la ciudad de Ávila parecía arder en llamas bajo el sol abrasador de aquella tarde. Se doraban las mieses de los anchurosos campos de Castilla, bendecidos unos días antes por el ministro del Señor. Todo era quietud en la calma majestuosa. Los molinos del Adaja trituraban los últimos granos de trigo de la pasada cosecha. El río corría avasallador por los trampones del puente romano. El sonido armonioso de campanas con su tintineo sonoro, rompía el silencio de aquella sedante tarde convocando al cabildo a las horas canónicas en el coro de tallada sillería. Allá, en el barrio morisco, se escuchaba de vez en cuando el cadencioso pregonar de un mercader de vasijas de barro... Y sin embargo, entre tan aparente calma, un presagio latente parecía envolver a la ciudad. Hasta los vigías de la muralla granítica, que, aunque siempre atentos a traiciones, alevosías y sorpresas en aquella época turbulenta del reinado de Enrique IV, al que las gentes llamaban el «Impotente», dormían con sueño pesado otras tardes, no lo hacían en ésta. Habían tenido órdenes de los jefes de banda de la muralla, de redoblar la vigilancia ante una posible sorpresa.

Tal orden no era producto ni mucho menos de la imaginación del Señor Corregidor de la Ciudad, ya que en la mañana del mismo día —3 de Junio de 1465—se tenían noticias de haberse divisado, a pocas leguas de Ávila, unos centenares de hombres armados, que al parecer se dirigían a la Ciudad. Así fué. No había sonado aún la campana de la Catedral convocando a la ciudad al «ángelus», cuando los vigías apostados en las barbacanas de la puerta de San Vicente divisaron unas mesnadas de guerreros. Caminaban cansados y venían armados «de fuertes lorigas y bacinetas de hierro en la cabeza, lanzas, hachas de armas y adargas de cuero fuertemente claveteadas». Marchaba al frente de ellos, un hombre de adentrada edad, de aspecto venerable y en el que parecían distinguirse insignias episcopales.

Poco después se alzaba el pesado rastrillo de la puerta de San Vicente, rechinando bajo el puente y quedaba franca la puerta a aquella mesnada de extraños guerreros. El hombre de rostro venerable, y al mismo tiempo de facciones guerreras que marchaba al frente, era el Arzobispo de Toledo, Alonso Carrillo, que aunque en aquellos instantes aparecía ante la ciudad y su Concejo como partidario del Rey Enrique, en su mente fraguaba unos planes para tirar por tierra la figura de aquel Rey Impotente, vergüenza de Castilla.

Una inquietud inmensa se inició a partir de estos instantes en el seno de la ciudad.

Perucho Gómez, un sencillo alfarero del barrio morisco, también sintió sus inquietudes y su curiosidad, pero el día había sido de intenso trabajo y tras una pequeña charla con otros obreros del barrio optó por descansar de las faenas del día. No había logrado conciliar el sueño y apenas se le habían cerrado «las compuertas de los ojos», cuando sintió unos fuertes aldabonazos en la puerta de su humilde hogar. Sin sospecharlo, se

dio de cara con cuatro hombres de armas del Arzobispo, que sin decir palabra, amordazándole y subiendo por la Cuesta de Gracia atravesando la puerta del Alcázar

y marchando en silencio con aire de misterio, por la calle de la Muerte y la Vida, se internaron en la Catedral no sin antes vendarle los ojos. Pocos momentos después, ascendía por unas escaleras de caracol ayudado por los cuatro misteriosos hombres. El reloj de la Catedral hacía sonar las tres de la madrugada cuando Perucho Gómez fue empujado al interior de una estancia —a mitad de la escalera— de puerta con gruesos barrotes y allí le hicieron pasar la noche. No había rasgado aún la noche para dar paso a la alborada, cuando dos individuos entre los cuales se encontraba Don Fernando de Alarcón,—Mayordomo del Arzobispo,—se presentaron en aquel lóbrego lugar. Con muy amables palabras, jamás escuchadas por Perucho en su vida, le indicaron que dadas sus dotes de alfarero fabricase un busto de hombre de tamaño natural.

Asombrado Perucho, manifestó al Mayordomo: — "Confundido debéis estar Señor, cuando mandáis modelar bustos humanos a quien no hizo en su vida otro que hacer que modelar vasijas y pucheros». Sin embargo el Mayordomo le replicó con forzadas sonrisas, halagándole sus excelentes dotes en modelar barro y prometiéndole su ayuda.

Dieronle arcilla no muy bien preparada y los materiales necesarios, y así, Mayordomo y alfarero modelaron durante dos días una cabeza humana que «tenía mucho de natural y no poco de grotesca». Dábala el Mayordomo mil toques con los palillos. En esta guisa estuvo horas y horas en continuo silencio concentrando toda su imaginación sobre el barro, haciendo y deshaciendo, hasta que por fin el pobre alfarero vio que la efigie moldeada era la del Rey de Castilla. El alfarero conocía, sin duda por referencia, el carácter de Enrique e imaginaba su furor por aquel grotesco busto. Por esto, hizo preguntas insistentes al Mayordomo sobre el destino de aquella obra, pero éste sin contestarle comenzó a pintar con bermellón y albayalde la cabeza de barro poniéndole por barbas y pelos las coloradas crines de un buey. Al fin la obra había concluido.

Ella era el reflejo exacto de Enrique por su aspecto feroz, nariz chata y pelo rojizo y las vestiduras reales. De la boca del Mayordomo se escapó una risa burlona y sarcástica que hizo temblar de espanto a Perucho. Dióle las gracias por la excelente cooperación y en premio a su trabajo le entregó una bolsa repleta de monedas de oro.

El alfarero de Santiago bajó los estrechos peldaños de la escalera, pero antes de desembocar en el templo fortaleza, dos hombres apostados a la puerta de acceso, en los que vislumbró Perucho gestos partibularios, le arrebataron las monedas, mostrándole un puñal y amenazándole con hundirle en su pecho si daba un solo grito. Le condujeron después a una capilla sita en la nave del Evangelio y abriendo una puerta sigilosamente, le bajaron por una escalera cuyas piedras rezumaban humedad hasta un subterráneo frío y encharcado, y allí, con aquella misma daga de la amenaza, sajaronle la lengua para asegurar para siempre el silencio de los acontecimientos que había presenciado.

Al siguiente día — 5 de Julio—en la ciudad de Ávila siempre noble y fiel a sus reyes, las gentes contemplaron un espectáculo que dejó mudos de asombro a todos los que lo

presenciaron. Por la puerta del Alcázar, junto a la Torre del Homenaje, salía una bien formada comitiva integrada en su mayor parte por las mesnadas del Arzobispo. En un dilatado llano que se extendía por frente del muro hacia la parte de mediodía y ante la presencia del príncipe Alfonso y la nobleza, fue destronado, en la efigie que moldeara el alfarero, el Rey de Castilla, palideciendo los abulenses de asombro ante los ultrajes que infirieron al Monarca Enrique IV el Impotente.

Más como dice Unamuno, oigamos al padre Mariana, el jesuita bravo, nuestro Tácito:

«La cosa pasó desta manera: Fuera de los muros de Ávila levantaron un cadalso de madera en que pusieron la estatua del Rey Don Enrique con la vestidura real y las demás insignias de rey: trono, cetro, corona; juntáronse los señores; acudió una infinidad de pueblo. En esto un pregonero, a grandes voces, publicó una sentencia que contra él pronunciaban, en que relataron maldades y cosas abominables que decían tenía cometidos. Leíase la sentencia y desnudaban la estatua poco a poco, y a ciertos pasos, de todas las insignias reales; últimamente con grandes baldones le echaron del tablado abajo».

La ciudad no volvió a saber nada del cariñoso y trabajador alfarero del Valle. Más tarde en la Plaza de Zocodover de la Imperial Toledo, el Mayordomo Alarcón pagaba sus crímenes al ser quemado vivo en una espuerta de paja por mandato del Santo Tribunal de la Inquisición.



RECURSOS

- Belmonte Díaz, José. (1947). *Leyendas de Ávila*. Ávila. Publicaciones Alonso de Madrigal.
- Picatoste, Valentín. (1888). *Tradiciones de Ávila*. Madrid. Miguel Romero.
- <http://muralladeavila.com/es/leyendas>
- https://www.google.es/search?q=castillo+de+aunqueospese&source=lnms&tbm=isch&sa=X&ved=0ahUKEwiNtKCV5KHbAhXBwxQKHVw9C2oQ_AUICygC&biw=1422&bih=771
- https://www.google.es/search?biw=1422&bih=771&tbm=isch&sa=1&ei=1XwIW9W0IIHYgQa86oH4CQ&q=Palacio+de+los+Davila&oq=Palacio+de+los+Davila&gs_l=img.3..0j0i24k1.82225.98340.0.98939.23.17.0.6.6.0.181.1780.10j7.17.0....0...1c.1.64.img..0.16.1242...0i67k1.0.eeKl2EliUvA
- https://www.google.es/search?biw=1422&bih=771&tbm=isch&sa=1&ei=O30IW-SECqrdgAbIwpLQAQ&q=catedral+de+%C3%A1vila&oq=catedral+de+%C3%A1vila&gs_l=img.3..0j0i24k1.40289.49466.0.52821.17.8.0.9.9.0.154.774.6j2.8.0...0...1c.1.64.img..0.17.821...0i67k1j0i8i30k1.0.NW8bfD1rtGE
- https://www.google.es/search?biw=1422&bih=771&tbm=isch&sa=1&ei=cX0IW_WsOaTKgAa_mbfIBA&q=iglesia+de+san+pedro+%C3%A1vila&oq=Iglesia+de+san+pedro&gs_l=img.1.3.0i3j0i67k1j0i6.69933.76113.0.79295.20.13.0.7.7.0.152.930.12j1.13.0....0...1c.1.64.img..0.20.977....0.ntMQa4Lrlk0